

7) EL LIBERALISMO COMO FRENESÍ*

En un célebre ensayo publicado en la década del treinta, Lord Keynes se anticipó en señalar que la época del *laissez faire* había terminado.

Esto es, la vieja concepción del Estado-gendarme o mejor aún, guardián nocturno, había tramontado. El motivo para hacer tan audaz afirmación, venía avalado seriamente por los hechos. Por cierto, al dejar establecida la defunción de ese concepto, Keynes se estaba refiriendo fundamentalmente al liberalismo económico, y a una variante de éste: el que había utilizado el capitalismo occidental sobre todo en el siglo XIX. Por cierto, hablar de liberalismo es una cuestión harto espinosa. Si bien, como todos saben, su uso es relativamente reciente y está vinculado con las experiencias políticas españolas de principios del siglo XIX, hoy está desbordado por la realidad de los hechos. Se da el caso de que, mientras en unos países ser liberal es estar de acuerdo con las estrictas normas de la tradición, en otros es precisamente lo contrario. Igual puede decirse de los continentes o, mejor aún, de las áreas de países.

En el caso concreto de América Latina, el liberalismo fue, sin lugar a dudas, la ideología dominante en el siglo XIX y la que a la postre triunfó sobre los conservadores. Ser liberal era, fundamentalmente, profesar un credo político unido a la revolución, a la instauración de las nacientes repúblicas, a la consagración de los derechos individuales, la separación de poderes fijados en una Carta política, y al libre juego de la oferta y la demanda; dentro de un respeto sacrosanto a la propiedad privada y al libre ejercicio de la industria y el comercio. Por cierto, que esto no siempre era así, pero así se entendió que debería ser.

* Publicado en **APERTURA** (Lima, junio de 1992, núm. 5) y en **MADRID** (Madrid, enero de 1993, núm. 22).

En el siglo XX las cosas cambian en nuestro continente. Un hecho histórico fundamental removerá las conciencias. Es la revolución mexicana que estalla en 1910, la que da el toque de alarma. Como corolario de ésta, se sanciona en la tradicional ciudad de Querétaro y en 1917, la Constitución que hasta ahora tienen los mexicanos, aun cuando ha sido objeto de más de trescientas reformas. Se inició así no sólo el ocaso de las viejas oligarquías ligadas al sector agrícola, sino el proteccionismo social, que se acrecentaría con los años. Este texto, predecesor del soviético de 1918 y del weimariano de 1919, marca el inicio del constitucionalismo social, que en cierto sentido es una negación y, al mismo tiempo, una superación del constitucionalismo liberal. Más tarde, otro suceso, -la reforma universitaria- sacudió a la clase dirigente de nuestro continente. Esto ocurrió en la Argentina, en Córdoba (1918) aun cuando sus antecedentes pueden ser fijados en el Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, que se celebró en 1908 en Montevideo.

Con alzas y bajas, lo que han visto los pueblos de América Latina, es un crecimiento cada vez mayor del Estado, la presencia de diversos correctivos al capitalismo, cuyos moldes manchesterianos importamos en el siglo XIX, y el crecimiento del Estado benefactor, a límites quizá más allá de lo aconsejable.

Otro periodo importante lo abre la revolución cubana de 1959. En esos momentos difíciles, el experimento cubano llamó la atención, y grandes personalidades visitaron la isla para comentar sus experiencias y apoyarla moralmente.

Luego vinieron las guerrillas que agitadas por el Ché Guevara, tuvieron un trágico final. El que hoy Castro nos parezca -y sea- un dictador casi obnubilado y en cierto sentido obsoleto, no puede negar el hecho de que en la década del sesenta representó una esperanza y un cambio de estilo en nuestros países. En su momento, habrá que hacer un balance del experimento cubano.

Pues bien, todo esto empezó a cambiar en la década de los ochenta. La **perestroika** no es algo nuevo que modifica las cosas, sino al revés, no hace más que reflejar fielmente un cambio de situaciones. Igual se dio en otras partes del mundo, y en especial en América Latina. De un estado elefantiásico, protector, excesivamente asistencialista, prodigador de servicios y beneficios, se empezó a postular el giro opuesto. Esto es, volver a un sano liberalismo, que no propusiese nada, que no interviniese en nada, y que se limitase a lo esencial. En otras palabras, adelgazar al Estado para reducirlo a su mínima expresión. En el fondo, el ideal de Bentham: el mejor

gobierno es el que menos gobierna. Así empezó hace pocos años la reforma del Estado y el auge de las privatizaciones. Recetas fondomonetaristas fueron aplicadas en diversos países, sobre todo en el Brasil, México, Venezuela, la Argentina, el Perú y Bolivia. Los resultados no han sido siempre satisfactorios, y el costo social de este experimento ha sido tan grande en Venezuela, que estalló un intento golpista, que no llegó a consumarse. De hecho, el cambio de giro, esto es, la vuelta a un liberalismo entendido como abstención, está siendo aplicado en nuestros países, pero no siempre con igual fortuna. En el camino quedarán muchos muertos, dijo hace poco un economista peruano en un programa de televisión. La verdad es que estos pueblos ubicados al sur del Río Grande parecen haber vivido siempre en una situación pendular. Del estatismo más grande al liberalismo más extremo. Al parecer no se conocen las zonas intermedias ni los colores grises.

Por otro lado, luego del derrumbe primero, y extinción después, de la URSS, ya resulta inviable todo experimento de cuño socialista; o socialismo de Estado, que es lo que realmente hubo. No hay pues, otra alternativa. O apoyarse en el Estado, con lo cual todos terminamos asfixiados, o apoyarse en el individuo, con lo cual sólo los más fuertes sobrevivirán, al estilo de Darwin. Esta parece ser, por ahora, la alternativa en que se mueven los pueblos de América Latina. Quizá más adelante se puedan otear otros horizontes.